

## “EN LAS TIERRAS DE ENIN”

DE LUCIANO DURAN BOEGER

POR EDUARDO OCAMPO MOSCOSO

El Noroeste boliviano ha sido escenario de varias novelas de carácter regional y geográfico. Jaime Mendoza enfocó en sus “Páginas Bárbaras” (1914) la explotación humana y gomera en las dilatadas selvas del Beni. Diómedes de Pereyra incursionó en ese ámbito con “El Valle del Sol” (1935), “Caucho” y “La Trama del Oro” (1938). Raúl Bothelo Gosálvez, bajo la huella iridiscente de “La Vorágine” del colombiano Rivera, escribió “Borrachera Verde” (1938) y, posteriormente, Luciano Durán Boeger publicó sus novelas “Inundación” (1965) y “En las tierras de Enín” (Empresa Editora Novedades Ltda., E. Burillo, 1967).

Al comentar la primera de las obras de este gran poeta beniano expresamos que era el libro de un escritor compenetrado de la naturaleza, costumbres, ambiente y de la realidad telúrica y humana del departamento del Beni.

Antes de referirnos a los valores formales y esenciales de En LAS TIERRAS DE ENIN conviene establecer que en algunos sectores de la intelectualidad latinoamericana, imbuídos de occidentalismo, subsiste una corriente metafísica y subjetivista en la novela emparentada con ese falaz consentido de la “conciencia expiatoria”. Ese criterio de urdimbre eclesiástica impide a los epígonos del idealismo comprender y valorar que el género narrativo en nuestro Continente enconó, hace tiempo, sus cauces propios, p.e. el relato regional-geográfico que involucra temas costumbristas en el marco del realismo o del naturalismo. Así conquistaron jerarquía: “Don Segundo Sombra” de Guiraldes, “Los Sertones” de Euclides de Cunha, “Huasi-pungo” de Jorge Icaza, “El Mundo es Ancho y Ajeno” de Ciro Alegría, “Río Oscuro” de Florencio Varela, “Sumag Allpa” de G. Humberto Mata, “Sangama” del peruano Arturo

D. Hernández, junto a otras contribuciones de singular valía.

---

En lo regional-costumbrista, la mayoría de sus cultores volcó preferencias en el descriptivismo y pintorequismo, bordando galanuras estilísticas o preciosismos literarios frente a la majestad del paisaje o a la grandiosidad de la naturaleza. Otros, trasplantando personajes ajenos al medio hasta incurrir en artificiosas ensambladuras. Corresponde ahora remarear, y como prueba de que el medio ambiente conforma la mentalidad del escritor, el buen éxito conquistado por las novelas de tendencia acusatoria a los desajustes sociales. Aunque no se planteen en ellas, por lo general, los procedimientos adecuados para modificar un injusto orden de cosas, cabe mencionar entre los que reforzaron esa modalidad novelística a Alcides Arguedas y Jaime Mendoza, Alfredo Guillén Pinto ("Lágrimas Indias"), Oscar Cerruto ("Aluvión de Fuego"), Diómedes de Pereyra ("Caucho"), Fernando Ramírez Velarde ("Socavones de Angustia") y a Nazario Pardo Valle ("Trópico").

Sin embargo y en el propósito concreto de sugerir soluciones tendientes a dignificar la con-

dición humana de quienes sufren el flagelo del hambre, de la miseria, las persecuciones y la injusticia — obligación del escritor responsable de este tiempo — se distinguen: Roberto Leitón con su libro "Agua-fuertes", Augusto Céspedes con "Metal del Diablo", Jesús Lara con sus novelas inspiradas en la vida y luchas del campesino boliviano y Luis E. Heredia con "El Miedo bajo las Campanas".

---

EN LAS TIERRAS DE ENIN, obra inspirada en el gran escenario del Noroeste, gana jerarquía desde distintos ángulos de vista. En lo formal: una prosa cabrilleante, de radiaciones poemáticas, revela al poeta o escritor consubstanciado con la naturaleza, costumbres y la realidad humana de la región. Imágenes rotundas, de bello y original engaste, dan gallardía estilística al libro. Capítulos concisos y de vigorosa expresividad singularizan a sus personajes sobriamente perfilados. En ese espacio triangular de selva, drama y hombre, ventea fuerte hálito vital. La trama, exenta de artificios, discurre con espontaneidad y llaneza por impulso de la propia gravitación de hechos y aconteceres. Fluye, igualmente, el lenguaje con depurada plasticidad. Lo meramente eventual no se encaja en un fondo

premeditado, ni en una decoración previamente ideada. Escenas como las del mortal ataque del tigre a uno de los hermanos Salvatierra, el paseo del escorpión rojo por el cuerpo desnudo de Lucila, extraño tipo de mujer indómita, altanera y víctima de aciago destino; las horripilantes acechanzas del caimán "Chocolate", la invasión de las hormigas rojizas; la lucha de los toros y, la otra, de los perros salvajes, la caza de la pantera negra, son pasajes, entre otros, de gran poder descriptivo.

En lo argumental, el libro de Durán Boeger es reflejo de la dramática explotación gomera y trasunto de hechos no muy distantes en el tiempo. Sus protagonistas son seres que actuaron, hace más de medio siglo, en un clima de encontradas pugnacidades, rivalidades, ambiciones. A los más no "los devoró la selva", pero sucumbieron o fueron aniquilados por obra de la codicia de sujetos crueles, egoístas, poseídos por el afán de riqueza y prepotencias.

La siniestra y diabólica figura de Rómulo Salvatierra, el vesánico y despótico dueño de "La Loma", recuerda a la de "Dago Lobo" de "Caucho" de Pereyra. La feroz ejecutoria de aquél está resumida en la lacónica relación documental que, bajo el rubro de "Los crímenes per-

petrados por Rómulo Salvatierra", se registra en la pág. 369 de EN LAS TIERRAS DE ENIN. Nicolás, tan perverso como su hermano, pero más calculador, astuto e hipócrita, está personificado en forma inconfundible. Las terribles tribulaciones del infeliz "Canciller" de la histriónica república de Rómulo, síquicamente reducido por su sanguinario patrón, contrista el ánimo por el grado de envilecimiento al que puede llegar un hombre en su indefensión.

El cínico y pintoresco "gringo" Richard Lenz, que negocia pingüemente la desaparición de los mil bacines en cuyo fondo, por inicua represalia de Rómulo, estaba grabada la efigie de Nicolás, recuerda, no por este hecho precisamente, a algún personaje de Maupassant. Valentín, el mozo arrogante y temerario, encarna, a su vez, la reciedumbre y un colectivo anhelo de venganza.

Lucen también gran acierto descriptivo-costumbrista, las escenas en que intervienen la madre y las bellas hermanas Claros, cuya poblana ingenuidad oriental les hace caer en garras de Rómulo para acabar, como estropajos humanos, en una ergástula selvática, junto al inenarrable martirio de Lucila, y la de los vecinos que,

encandilados por las promesas de un trabajo lucrativo, se embarcan en los carretones que los han de conducir, más bien, a su aniquilamiento y muerte. Ese capítulo de ambiente cruceño podría por sí sólo constituir una magnífica novela corta.

EN LAS TIERRAS DE ENIN es el cabal reflejo y la revelación desconcertante de la cruenta y oscura odisea de muchos hombres que, en las distantes latitudes del Beni, fueron víctimas de la inmisericorde explotación gomera que cimentó la ingente fortuna de unos pocos sobre el sufrimiento y la inmolación de miles de seres humanos.

Esa novela de Luciano Durán Boeger constituye, en el fondo, un llamado viril, un grito de

alerta a la conciencia adormecida de los gobernantes bolivianos para que éstos, frente a nuevos crímenes que pudieren producirse en esas regiones a donde no llega el imperio de la ley, adopten medidas de protección y seguridad en favor de la casi ignorada existencia de los selvícolas y de los humildes e indefensos trabajadores del trópico boliviano.

Conceptuamos a EN LAS TIERRAS DE ENIN, por sus valores cualitativos, como a la mejor novela nacional de estos últimos tiempos y digna de figurar entre las más representativas de la literatura de tendencia social en América.

Cochabamba (Bolivia) agosto de 1967.